

Lecturas

NO GO WORLD. HOW FEAR IS REDRAWING OUR MAPS AND INFECTING OUR POLITICS

Ruben Andersson

University of California Press, 2019
337 págs.

No go world es un libro singular, tanto por su contenido como por su estilo. Aborda cómo los países centrales han tratado de expulsar el caos a las periferias globales y su intento de continuar la dominación por control remoto. Se trata de un ensayo de sólidas bases teóricas, pero a la vez muy personal en el que el autor incluye anécdotas de su infancia o de sus viajes de juventud; en ocasiones adquiere un carácter evocador, poético, insertando cuentos u otras historias. Y esto lo hace combinándolo con una perspectiva geopolítica e histórica desde una mirada antropológica que marca también su enfoque metodológico.

El autor mapea «el poder político de las narrativas a través de la narrativa misma en un intento de otear el mundo de los “hacedores de mapas” y los agentes de las intervenciones desde dentro» (p. 262). Esta táctica «nos permite aproximarnos al poder de forma oblicua» (p. 263). Tal herramienta permite al autor radiografiar los sistemas de intervención, desde el mantenimiento de la paz y la ayuda humanitaria al contraterrorismo, y los nexos que se establecen entre ellos.

Este es el segundo libro del antropólogo y académico Ruben Andersson. Su anterior

monografía, *Illegallity Inc.* (University of California Press, 2014), la publicación de su tesis doctoral, aborda el cierre de fronteras a las migraciones en la Frontera Sur de Europa, con el caso concreto de Ceuta y Melilla. En *No go world* Andersson continúa indagando en estas preocupaciones, aunque desde un nuevo ángulo.

El libro, estructurado en dos partes y seis capítulos, traza un recorrido por las principales tendencias que rigen la (in)seguridad global. En la primera parte, «La historia del mapa», el autor encuentra en la cartografía claves profundas: no son solo cartas de navegación como lo eran en la Edad Media, sino que de los mapas «emanan narrativas» (p. 250) del riesgo o del miedo, tanto como del deseo/atracción en las “zonas de exclusión” que fracturan la geografía del mundo actual. En los mapas medievales aparecían extensas zonas inexploradas o donde se escondían serios peligros y que se identificaban con la leyenda *hic sunt dracones*, aquí hay dragones. Pero ahora, a diferencia de entonces, no se trata de una exclusión por desconocimiento, sino que son la consecuencia de intervenciones internacionales y de políticas de seguridad equivocadas de los propios países centrales las que crean esos peligros. En ellas se reflejan las patologías occidentales, la «geopatología de la intervención» como lo define el autor, una paranoia del riesgo proyectado en tierras lejanas.

El autor examina en «Interludio», al fin de la primera parte, cómo tras las intervenciones de Afganistán e Irak comenzó a

desarrollarse una guerra en la sombra contra la insurgencia en la que desempeñó un papel especial el Joint Special Operation Command (JSOC) de EEUU. Este cuerpo, junto al Ejército estadounidense, la CIA y la Agencia de Seguridad Nacional, dio inicio a actuaciones encubiertas para eliminar a quienes consideraban sospechosos, empleando todo tipo de prácticas legales e ilegales fuera del radar democrático o político (p. 228 y ss.).

Paso a paso, el autor va descubriendo cómo a pesar de la aparente distancia de los países centrales de puntos de peligro, en Gao, Peshawar o Trípoli, y la “otredad” de esos lugares, existen numerosas conexiones entre ambas realidades; es más, constituyen «dos caras de la misma moneda» que se extiende y llega para “infectar” al aséptico Occidente. Y así da comienzo la segunda parte, titulada «Contagio», que aborda las decisiones políticas equivocadas que han conducido a un mundo plagado de zonas de peligro donde se adentran pocos occidentales, apenas un puñado de periodistas intrépidos, algún mando militar o trabajadores de la acción humanitaria. No es que los países centrales se hayan retirado de estas regiones. Muy al contrario, el neocolonialismo sigue vigente: se continúan librando guerras y extrayendo recursos naturales de esas regiones (de hecho, ese es el objetivo de algunas de las intervenciones), pero ahora se realiza por control remoto a través de herramientas tecnológicas de vigilancia y control y, en su caso, ataque, como los drones, y con intervenciones por delegación a través de los ejércitos africanos.

Este fue el objetivo en la creación de AFRICOM, como describe el autor en el capítulo 3, que ha servido y sirve para externalizar las fuerzas de combate a otros cuerpos no occidentales, aunque vigi-

lando de cerca los acontecimientos en África. También permite utilizar el continente como campo de pruebas de armas y tácticas que luego serán empleadas en otros lugares. Todo ello conforma las bases de «la política de control vertical» (p. 90), concepto acuñado por Weizman y al que recurre muy acertadamente el autor. África y las zonas de frontera se convierten en laboratorios de grandes dimensiones para probar el equipamiento más puntero de la industria de la seguridad y las estrategias que lo acompañan (p. 150). Pero esta forma de control ejercido desde arriba –inspirada por “estrategas” no militares, como Thomas Barnett o Robert Kaplan– tiene importantes limitaciones, como se desgrana a lo largo del libro. La oleada de intervenciones a partir de 2001 ha dejado asolado buena parte del norte de África y Oriente Medio, y más recientemente asistimos al mismo proceso de desestabilización en el Sahel. Lejos de crear seguridad, esta estrategia ha convertido amplias zonas del planeta en espacios trufados de violencia donde se entrelazan imaginarios y realidades. El resultado: un mundo más inseguro para todos.

La política de defensa de Washington, obsesionada con las amenazas y una imposible seguridad total desemboca, como ilustra el libro, en la percepción de peligro o *dangerization*, según el término acuñado por Michalis Lianos y Mary Douglas (2000) en amplias zonas, dinámica que se ha multiplicado desde el 11-S. La respuesta a esta *peligrización* es más mano dura, más armas y más agresión, que inicia un nuevo ciclo para “asegurar la seguridad” a base de *securitizar* más y más asuntos y afectando a más población. Esta *peligrización* del mundo es también parte de una construcción occidental de un imaginario de amenazas múltiples que apela al miedo. Finalmente

los perseguidores se convierten en las víctimas, y las víctimas en culpables, o criminales, y las políticas de desarrollo y seguridad se realinean para redefinir los problemas locales en función de los temores de los países poderosos. Pero lejos de reconocer el fracaso, los países agresores proyectan el peligro en los propios países invadidos.

Las tácticas y estrategias empleadas en Irak y Afganistán se han repetido en la actual política de fronteras, como la prevención mediante la disuasión y la fuerza, ahora trasladada al Mediterráneo. Un modelo punitivo de control migratorio hacia los países africanos que está creando una inestabilidad que esconde a duras penas una profunda racialización de ese “otro”, nuestra herencia colonial que aflora a la menor oportunidad, ya sea con imágenes idealizadas – ya caracterizadas por Edward Said en su libro *Orientalismo*– o brutalizadas del “otro”, o, una vez materializadas, en prácticas tan letales como el sellado de fronteras y la criminalización de quienes se desplazan.

Desde esta mirada *securitizadora*, quienes migran son tratados como una “emergencia” y un peligro, y las fronteras se convierten en verdaderas brechas para separarnos de “ellos”. En lugar de la común metáfora de la Europa fortaleza, Andersson se inclina por otra figura, la del “cordón sanitario” que se impone para aislar a la población de los Estados centrales de las múltiples amenazas de “ahí fuera”: guerra, terrorismo, enfermedades contagiosas, migraciones... todo lo impuro frente a la supuesta pureza, o más bien asepsia, del Norte global. Esta metáfora se hace eco de las teorías de la antropóloga Mary Douglas sobre lo puro y lo impuro que adquieren otro cariz: «Mediante su cierre, la frontera infecta la política europea», asegura Andersson (p. 172). Esta narrativa ha “conta-

giado” también, como muestra el libro, la asistencia humanitaria y las políticas de desarrollo, instrumentalizadas para servir los fines políticos occidentales. Así, las migraciones se someten a estas tácticas para “rentabilizar” el miedo, alimentando la *securitización* de los problemas. En palabras del autor, «La seguridad es, digamos, el jabón elegido actualmente para lavar las amenazas multidimensionales del mundo» (p. 181).

Este mundo fracturado refleja también la ruptura del orden internacional post-II GM, el sistema de Naciones Unidas que, con sus muchas limitaciones, proponía un orden internacional basado en derechos, un consenso que se deshace.

En las conclusiones, Andersson reclama reconectar los puntos separados, vetados, y defiende un bien común global. Y regresa a la Historia de la que partió para buscar en la historia colonial la llave de nuestro presente (p. 239), aunque el autor advierte que reducir los acontecimientos contemporáneos a mero neocolonialismo conlleva el riesgo de establecer falsas equivalencias (pp. 232-233).

Al final de este camino quizá, como en *El corazón de las tinieblas*, de Conrad, descubramos que la oscuridad no está en el exterior, en territorios lejanos, sino que es parte de la propia sociedad occidental. Los que ganan, concluye el autor, son los que juegan con el riesgo y el miedo. Para el autor, «los siguientes que rehagan la historia no necesitan un mapa, sino un espejo a través del cual ver los signos de su propio dolor».

Nuria del Viso

Miembro de FUHEM Ecosocial

CONTRA LA CARIDAD

Daniel Raventós y Julie Wark

Icaria, Barcelona, 2019

335 págs.

La satisfacción de un derecho humano, como la educación o la salud, no puede estar sujeta a la voluntad de quienes acumulan más poder. Creo esencial partir de ese principio. Si el desequilibrio de poder está detrás de las violaciones de derechos, podría concluirse también que determinados niveles de desigualdad suponen en sí mismos una condición de imposibilidad para su realización y que la erradicación de la pobreza debería ser una prioridad para cualquier persona que crea en los derechos humanos.

Se dice en el libro: «Oscar Wilde tenía razón: Los mejores entre los pobres son desagradecidos y rebeldes» (p.27). Esa frase puede ser un buen punto de partida para entender el sentido y necesidad del libro. En el texto se alerta de que «la caridad, con sus rasgos utilitaristas estáticos y su concepción mezquina del ser humano, como un individuo aislado y alienado, es solo un pilar más de los sistemas capitalistas y neoliberales» (p. 49).

Se ilustra a través de diferentes experiencias. La manera en que se regala puede convertirse en un elemento de exclusión si no se da la posibilidad de corresponder. Parece razonable concluir que si lo que se entrega a modo de regalo no es algo superfluo, sino algo necesario para satisfacer necesidades intrínsecas al ser humano (derechos humanos), el sistema es claramente inadecuado. Desde luego, no es democrático. Oponerse a la caridad así entendida puede ser uno de los elementos que identifique a las personas demócratas frente a quienes consideren

aceptable un sistema oligárquico. La autora, Julie, y el autor, Daniel, afirman que «soslayando los cambios en el modo de producción (y, especialmente, aquellos relacionados con la destrucción ambiental, engendradora de desastres y el calentamiento global), este sistema produce ahora formas oligárquicas de caridad como, por ejemplo, la Fundación Bill Gates, en su particular visión del utilitarismo» (p.49).

No parece que pueda considerarse democrático un sistema en el que las necesidades materiales básicas (derechos humanos) se cubren mediante aportaciones voluntarias de quienes acumularon sumas de dinero desmedidas como consecuencia de unos sistemas tributarios injustos diseñados sin tener en cuenta las obligaciones en materia de derechos humanos.

Frente a las formas oligárquicas emergentes, el libro deposita esperanza en modelos horizontales, quizás con excesivo énfasis en el tamaño de los espacios de decisión en detrimento del análisis de los procesos de toma de decisiones en ámbitos diversos. De igual manera, habría resultado de interés identificar cuáles son los espacios de resistencia dentro de la situación actual. Las formas útiles, para las personas que sufren, de resistir en un sistema injusto.

Otro aporte interesante del libro es el recordatorio de que, tras siglos de evolución en los que la caridad estuvo vinculada a organizaciones religiosas, hoy deben tenerse en cuenta otras claves para pensarla. «La cultura ha asumido el rol de la religión, conservando muchos de sus preceptos en lo tocante a empatía, altruismo y caridad, si bien con disfraces nuevos, como el filantropocapitalismo, el humanitarismo, las fundaciones, los ricos exhibicio-

nistas y las estrellas de cine que vuelan alrededor del mundo abrazando y adoptando a niños pequeños de países pobres» (p.70). También se señala, poco después, que en esta evolución histórica «la pobreza o la desigualdad social se toma como algo dado, el debate sobre la justicia (y los derechos humanos) está ausente y la propiedad es siempre protegida» (p.71).

Raventós y Wark identifican hipocresía en el sistema actual y afirman que, ante ese panorama, «el sentimiento apropiado es la rabia» (p.115). Supongo que es desde ese sentimiento desde el que afirman que «el sistema necesita celebridades (cómplices cínicos o lo suficientemente estúpidos como para pensar que, verdaderamente, está obrando bien) para colaborar en la negación u ocultamiento de la realidad atroz» (p.131) o llaman a Jeffrey Sachs «economista superestrella, edificador del sistema neoliberal, destructor de economías mediante terapias de choque (América Latina, Europea oriental y Rusia), embaucador con tópicos superficiales (especialmente sobre superpoblación), compinche caritativo de Bono, Bill Gates, Madonna y Angelina Jolie, ingeniero social (que intenta recrear en África la sociedad de mercado neoliberal) y, más recientemente, fiel partidario de Yanis Varoufakis en sus trifulcas con la troika» (p.246).

Más allá del deseable debate sobre la utilidad de formular los términos de la discusión en términos como los citados en el párrafo anterior, unidos en algún caso al uso de expresiones estigmatizantes (afirman, en la página 247, que «Sachs no es Bill Clinton, pero su compromiso con la filantropía aporta un ejemplo claro de la esquizofrenia (sic) consistente en hacer el bien en un mundo que, en realidad, estás contribuyendo a hacer mucho peor»), creo que los autores tienen buenas razo-

nes para identificar un «triángulo amoroso formado por celebridades, grandes empresas y los niveles superiores del poder político internacional» (p.133).

Desmitificar, romper con la idealización, siempre es útil. Un escrito que, como hiciera hace años Martín Caparrós en un memorable artículo, identifica motivos para cuestionar ese símbolo de bondad universal que es Teresa de Calcuta (p.140) o la política de captación de fondos de Save the Children (p.166) puede servir para generar preguntas útiles.

De igual manera, resulta útil para plantearse preguntas señalar cómo las empresas hacen de la filantropía una vía «para proteger de los impuestos algunos de sus ingresos y aumentar su poder y prestigio en los escenarios nacional y mundial» (p.205) y su constatación de que ahora el capitalismo está «verdaderamente ensamblado con la filantropía, y viceversa. A pesar de la incompatibilidad entre ambos términos –uno es aparentemente generoso y el otro es claramente explotador–, están unidos, porque el capitalismo, cada vez más despiadado y movido por la codicia, pero aun embriado por los valores sociales modernos, necesita un lustre de benignidad» (p.209). Frente a la «premisa absurda» de que «los millonarios pueden resolver los problemas del mundo» (p.223) los autores invitan a recordar el carácter no democrático de la filantropía, el hecho de que existen causas estructurales que la hicieron necesaria y que «el problema con la filantropía allí donde los derechos humanos están ausentes no es esta o aquella persona o fundación, sino el enorme negocio fraudulento que supone la caridad, el tráfico de influencias y el lavado de imagen para desposeer de sus derechos a los derechos humanos menos afortunados y confundir su buen juicio y el de

todos los demás con un áureo resplandor de bondad» (p.247).

Finalmente, Wark y Raventós llegan en la última parte del libro a una propuesta de solución parcial: «una asignación monetaria a toda la población» como propuesta que «trata de derechos, no de limosnas. Tiene que ver con la justicia» (p.251). Exponen su visión de la renta básica: «se pagaría regularmente (por ejemplo, cada mes), y no una sola vez, en un medio apropiado de intercambio, lo que permitiría a los receptores decidir en qué la gastan y en qué, no. Por lo tanto, no se pagaría en especie (por ejemplo, en comida o servicios) ni en cupones dedicados a usos específicos. Se pagaría a todo el mundo, sin ningún control sobre carencia de medios económicos y sin exigencias de trabajo ni de acreditar disposición a trabajar» (p.252).

Su afirmación de que «idealmente, el espacio geográfico debería ser todo el planeta, pero es obvio que hay lugares donde la renta básica ha sido motivo de debate público y otros en los que esta propuesta ni siquiera ha llegado a los oídos de la población» (p.253) parece limitar el alcance de la propuesta a un medio para proteger derechos, en lugar de un derecho en sí mismo. En tanto la mayoría de las personas vivan en sociedades capitalistas, creo que a esa cuestión deberían dedicarse importantes esfuerzos en el futuro.

Además de repasar cuestiones como las bondades del pago en efectivo («entonces el individuo puede elegir el producto en especie o servicio que prefiere» p.256), la importancia de que no sea condicionada, la cuantía de la eventual renta y, en la parte final, la manera en que sería financiada, los autores también plantean la cuestión del trabajo: «es el trabajo alienado lo que implica que gran parte de la población no sea libre y tenga que vivir

con el permiso de otros, porque su existencia material no está garantizada» (p.259). Su respuesta, teniendo en cuenta que el trabajo va más allá del trabajo remunerado e incluye el de cuidados y el voluntario me parece tan certera como estimulante: «la típica crítica que dice que nadie trabajaría si hubiera una renta básica se refiere solo al trabajo remunerado. Y esto plantea la pregunta de qué problema hay en eso, si el trabajo asalariado es tan explotador. Si la afirmación abarca a los tres tipos sede trabajo, se contradice a sí misma, porque, si la renta básica liberase tiempo de trabajo remunerado, favorecería realmente a los otros dos tipos de trabajo» (p. 262).

Diego Escribano Carrascosa

Máster en Derecho Internacional de los
Derechos Humanos

LA GRAN ENCRUCIJADA

[Santiago Álvarez Cantalapiedra](#)

Ediciones Hoac, Madrid, 2019

203 págs

Dentro de los diagnósticos sociales actuales que oscilan entre la autocomplacencia por los logros del denominado “progreso” y la alarma por la debacle ambiental y la rampante desigualdad, el reciente ensayo de Álvarez Cantalapiedra se sitúa más cerca de este segundo polo. Consecuente con su calidad de intelectual de izquierda, nuestro autor no da tregua ante la situación socioambiental actual y apelando a la expresión de Rafael Argullol, propone un nuevo *contrato existencial*, en el que una democracia radical –con capacidad de mediación entre

entorno, ser humano y poderes— sea garante de un orden social justo, frente a la desmesura de la civilización global, capitalista y neoliberal, configurada hace algo más de tres décadas.

El texto parte de las conclusiones del sexto informe de la ONU sobre *Perspectivas del medio ambiente mundial* (Nairobi, 2019). Resalta que la situación del planeta ha empeorado, las políticas de ámbito nacional han sido poco efectivas y propugna un concierto internacional que actúe sobre “la amplitud de la tragedia”.

Así, desde la «encrucijada de complejidades» en la que nos encontramos, determinada por el necesario equilibrio entre la economía individual y las urgencias del planeta, Álvarez Cantalapiedra propone un camino analítico, creemos que deliberadamente simétrico. Esto es, cada una de las tres partes de su libro abarca, a su vez, un triplete de aspectos que desarrollan el tema principal de cada apartado. La *crisis ecosocial* da inicio al recorrido. Nuestro autor se hace eco aquí de la idea expresada por el Papa Francisco en la *Laudato si'*: una única crisis con dos dimensiones, una ambiental, la otra social. Bajo esta gran crisis subyacen, a su vez, otras tres: ecológica, económica (fractura metabólica) y de cuidados (fractura social), aparejadas a dos fenómenos igualmente preocupantes, la *involución social* y el *vaciamiento democrático*. Con la idea de la *involución social*, Álvarez Cantalapiedra cuestiona la arraigada noción de progreso e insiste en la necesaria revisión social de tal concepto. En este apartado, además, se ponen en evidencia las tecnologizadas estrategias de control de los ciudadanos a nivel global y el retroceso de sus libertades al interior de las pretendidas sociedades democráticas. Finalmente, el *vaciamiento democrático*, le sirve para replantear las relaciones entre capitalismo y democracia,

también para recordar que el democrático no es un sistema estático y finiquitado sino que, al igual que los derechos y libertades, implica un proceso permanente de construcción y fortalecimiento.

En la segunda parte, combinando el concepto geológico del Antropoceno y los contrastes entre el capitalismo autoritario asiático y el capitalismo occidental, aborda el *Cambio de época y el nuevo orden* que emerge y se está configurando desde la Gran Recesión de 2008. Esta segunda fase del itinerario se centra, además de la caracterización de dicho nuevo orden, en el *capitalismo digital* y en los desafíos que conlleva esta *era de las consecuencias*. Como puntales de ese nuevo orden, describe la economía de los datos y las plataformas de la economía colaborativa, estas últimas acompañadas de precariedad laboral e inseguridad social.

Enseguida, Álvarez Cantalapiedra se dedica a las *consecuencias*. Repasa sintéticamente los efectos del cambio climático, del extractivismo, de la degradación de los ecosistemas, los desplazamientos forzados y, en fin, los resultados de la injusticia ambiental. Lejos de la pretendida inmaterialidad de la economía digital, el autor resalta la forma en que territorio y geografía, conservan su inusitado protagonismo. Destaca en este apartado el tono de “campo arrasado”, de urgencia de la acción. Ya no estaríamos anticipándonos a los hechos, nos encontramos, como especie, ante la patente devastación que impele a actuar y, según el autor, a la forzosa responsabilidad de las sociedades opulentas, especialmente las europeas.

En la última parte, desarrolla el *Cambio de paradigma*, a través, nuevamente, de tres momentos para el detenimiento: las *necesidades humanas* en oposición a las necesidades creadas por el capital; el

concepto de desarrollo contrapuesto al de *vida buena* y la *ecosofía*, como precipitado de la sabiduría religiosa, en particular de las religiones monoteístas.

Se trata de un libro breve, forjado de buenas fuentes, actualizada información y valientes afirmaciones. Complacen por su claridad y alcance muchos de sus apartados. Cada quien escogerá los suyos, pero, en nuestra opinión, el apartado dedicado a las contradicciones del mundo global, en particular la explicación cultural de la vuelta a los nacionalismos, como reacción ante la pérdida de soberanía económica y el apoyo en los conceptos de *mixofilia* y *mixofobia* de Baumann, para completar su explicación del chovinismo en la economía globalizada, resulta, cuando menos, sugerente. También lo es, en su conjunto, el capítulo siete, dedicado al *capitalismo digital*, su caracterización de la economía invasiva de los datos; la geopolítica, la precarización de la economía de plataforma y la relación de todos estos con la gran crisis ecosocial. Audaces resultan los apartados dedicados al extractivismo, las formas de vida imperial y sus consecuencias. Otro tanto podría decirse de su aproximación (y desenmascaramiento) a los conceptos de desarrollo, calidad de vida y vida buena.

El libro termina con una posible respuesta acerca del papel que podrían cumplir las religiones, más específicamente las monoteístas y proféticas, en el cambio de paradigma exigido por la encrucijada actual. Frente a la religión, a la manera de Margaret Atwood, como base justificativa de un régimen totalitario, Álvarez Cantalapie-

dra se cuestiona si las religiones podrían facilitar la fraternidad/sororidad de los humanos entre sí y de estos con la naturaleza. Destaca entonces el papel de las religiones como conocimientos sapienciales, constructores de nuevas subjetividades. Con esta manera de acotar el camino, nuestro autor esquiva la cuestión de la religión como aproximación al misterio y al sentido. Parece que, frente al posible acercamiento metafísico, prefiere la aproximación ética, aquella que tiene ver con las conductas “sabias”, las que permiten atemperar la soberbia humana, el narcisismo *new age*, la codicia o el individualismo competitivo. Se decanta por la postura “utilitaria” de la religión. Quizás, al igual que para las libertades o derechos fundamentales, más vale quedarse en las declaraciones sin entrar en la inalcanzable tarea de acordar los fundamentos. Y, ante la inminente crisis, más vale, como dice el autor, no desperdiciar los saberes, aunque sean estos los religiosos. El balance final que se hace de la Encíclica *Laudato sí'* es un buen ejemplo de diálogo tolerante con las creencias religiosas propio de una sociedad secularizada. Con todo, la inconmensurabilidad de la realidad, la aproximación a la vida como permanente fuente de asombro y de misterio, laten, a la vez, detrás del pensamiento científico y del impulso místico. Con distintos resultados, como es evidente. Comprendemos la *vis pragmática* del autor, pero hemos echado de menos que ampliara el énfasis en la necesaria continuidad entre cosmovisión y prácticas cotidianas.

Margarita Suárez Barrera
Abogada, Madrid